

V. I. Lenin



**¿A QUÉ
"HERENCIA"
RENUNCIAMOS?**

1897

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

¿A QUE HERENCIA RENUNCIAMOS?

V. I. Lenin
1897

**Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para facilitar su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.**

Este trabajo ha sido convertido a libro digital
para uso interno y para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.

Euskal Herriko Komunistak

<http://www.ehk.eus>

<http://www.abertzalekomunista.net>

INDICE

¿A qué herencia renunciamos?	165
I. Uno de los representantes de la "herencia"	165
II. Lo que el populismo agrega a la "herencia"	170
III. ¿La "herencia" ha ganado al vincularse con el populismo?	173
IV. Los "ilustrados", los populistas y los "discípulos"	178
V. El señor Mijailovski y la renuncia de los "discípulos" a la "herencia" ...	179

Escrito en el destierro a fines de 1897.

Publicado por primera vez en 1898 en la recopilación Vladimir Ilín, Estudios y Artículos Económicos, San Petersburgo.

Fuente del texto: V. I. Lenin, *Obras escogidas* Tomo I, (1894-1901)

Edición: Progreso, Moscú 1973.

Lengua: Castellano.

Digitalización: Koba.

Distribución: <http://bolchetvo.blogspot.com/>

¿A qué herencia renunciamos?

165

En el número 10 de *Rússkoie Bogatstvo* de 1897, el señor Mijailovski dice, exponiendo el juicio del señor Minski acerca de los "materialistas dialécticos": "él (el señor Minski) debería saber que esta gente no desea tener ningún vínculo de continuidad con el pasado y renuncia categóricamente a la herencia" (pág. 179), o sea, "a la herencia de los años 60 y 70", a la que el señor V. Rozánov renunció solemnemente en 1891 en *Moskovskie Viédomosti*¹ (pág. 178).

En este comentario del señor Mijailovski acerca de "los discípulos rusos"² hay un sinnúmero de falsedades. Ciertamente que el señor Mijailovski no es el único y original autor de esta falsedad sobre "la renuncia de los discípulos rusos a la herencia": la vienen repitiendo ya mucho casi todos los representantes de la prensa populista liberal al combatir a "los discípulos". Si la memoria no nos es infiel, el señor Mijailovski no había inventado aún esa falsedad al comienzo de su guerra cruenta contra "los discípulos"; fueron otros quienes lo hicieron antes que él. Más tarde consideró necesario servirse también de ella. Cuanto más desarrollaban "los discípulos" sus puntos de vista en las publicaciones rusas, cuanto más exhaustiva y detalladamente se pronunciaban sobre toda una serie de problemas teóricos y prácticos tanto más raro era hallar en la prensa adversaria objeciones de fondo contra los puntos fundamentales de la nueva orientación, contra la noción del carácter progresivo del capitalismo ruso, contra la absurda idealización populista del pequeño productor, contra la necesidad de buscar la explicación de las corrientes del pensamiento social y de las instituciones jurídicas y políticas en los intereses materiales de las diversas clases de la sociedad rusa. Estos puntos fundamentales fueron silenciados, se prefirió y se prefiere no hablar de ellos; pero, en cambio, se inventaron más patrañas tendentes a desacreditar la nueva orientación. Entre estas "patrañas malignas" figuran también las frases en boga sobre "la renuncia de los discípulos rusos a la herencia", sobre su ruptura con las mejores tradiciones del mejor y más avanzado sector de la sociedad rusa, sobre su rompimiento del hilo democrático, etc., etc., y muchas otras cosas por el estilo. La extraordinaria difusión de tales frases nos obliga a analizarlas circunstanciadamente y refutarlas. Para que nuestra exposición no parezca gratuita, comenzaremos por hacer un paralelo histórico-literario entre dos "publicistas del agro", tomados para caracterizar la "herencia". Hacemos la salvedad de que nos limitaremos exclusivamente a los problemas económicos y sociales, analizando de toda la "herencia" sólo éstos y dejando a un lado los problemas filosóficos, literarios, estéticos, etc.

I. Uno de los representantes de la "herencia"

Hace treinta años, en 1867, empezaron a aparecer en la revista *Otiéchestvennie Zapiski*³ unos ensayos sociopolíticos de Skaldin, titulados *En una perdida aldea y en la capital*. Estos ensayos fueron publicados en el curso de tres años, de 1867 a 1869. En 1870, su autor los recopiló y editó en un volumen con el mismo título*. El conocimiento de este libro — olvidado casi por completo en la actualidad instructivo en sumo grado por lo que se refiere al problema que nos interesa, o sea, la actitud de los representantes de "la herencia" ante los populistas y "los discípulos rusos". El título del libro no es exacto. El propio autor se ha

¹ *Moskovskie Viédomosti* ("Las Noticias de Moscú"): uno de los periódicos rusos más antiguos; se publicó desde 1756 hasta 1917. A partir de 1863 fue portavoz monárquico nacionalista de los más reaccionarios sectores terratenientes y clericales.

² "Los discípulos rusos": denominación que se daba en la prensa, para eludir la censura, a los marxistas rusos.

³ Véase la nota 28.

dado cuenta de ello y explica en el prólogo que su tema es la actitud de "la capital" frente a "la aldea", es decir, que se trata de ensayos sociopolíticos acerca de esta última y que no se propone hablar especialmente de la capital. Es decir, quizá haya tenido ese propósito, pero no lo ha creído conveniente: como yo podría, no quiero; y como querría, no puedo. Para explicar porqué no lo ha creído conveniente, Skaldin cita a un escritor griego.

* Skaltlin. *En una perdida aldea y en la capital*, San Petersburgo, 1870 (451 págs.). No hemos podido conseguir los números de *Oliéchestvennie Zapiski* correspondientes a esos años y hemos utilizado únicamente el libro.

Hagamos una breve exposición de las opiniones de Skaldin.

Comencemos por la reforma campesina,⁴ punto de partida al que deben remontarse inevitablemente, incluso hoy, quienes deseen dar a conocer concepciones generales sobre los problemas económicos y sociales. En el libro de Skaldin se dedica muchísimo espacio a la reforma campesina. Skaldin es tal vez el primer escritor que ha mostrado de manera sistemática, basándose en innumerables hechos y en un examen minucioso de toda la vida rural, la situación calamitosa de los campesinos *después* de la reforma, el empeoramiento de sus condiciones de vida, las nuevas formas de su dependencia en lo económico, en lo jurídico y en lo cotidiano; en una palabra, ha presentado todo lo que desde entonces ha sido mostrado y demostrado tan circunstanciada y minuciosamente en innumerables investigaciones y descripciones. Todas estas verdades no son hoy una novedad; pero entonces, además de serlo, despertaban la desconfianza de la sociedad liberal, la cual temía que tras dichas alusiones a las llamadas "deficiencias de la reforma" se ocultase la condenación de ésta y un velado espíritu feudal. El interés que ofrecen las opiniones de Skaldin es tanto mayor por tratarse de un contemporáneo de la reforma (y, quizá, incluso de un participante en ella. No disponemos de ningún dato histórico, literario ni biográfico de Skaldin). Sus concepciones se basan, por consiguiente, en la observación directa tanto de "la capital" como de "la aldea" de entonces, y no es un estudio libresco de gabinete.

166

Lo que más llama la atención del lector actual, habituado a los melifluos cuentos populistas sobre la reforma campesina, es la extraordinaria *sensatez* de las concepciones de Skaldin acerca de esta cuestión. Skaldin enfoca la reforma sin engañarse a sí mismo, sin idealizada en modo alguno; la ve como un contrato entre dos partes —los terratenientes y los campesinos—, que hasta entonces hablan usufructuado en común la tierra en determinadas condiciones y que ahora se han dividido, modificando con esta división la posición jurídica de ambas. Los intereses de unos y otros fueron el factor determinante de la forma en que se realizó dicha división y de la magnitud de lo que recibió cada cual. Esos intereses fijaron las aspiraciones de ambas partes, pero la posibilidad que tuvo una de ellas de participar directamente en la reforma misma y en la solución práctica de los diversos problemas de su realización fue, entre otras cosas, lo que originó su predominio. Tal es la interpretación que Skaldin da a la reforma. Skaldin analiza con minuciosidad singular el problema principal de la reforma —el de las parcelas y los pagos—, volviendo más de una vez a él en sus ensayos. (Su libro se divide en once ensayos, independientes por el contenido y parecidos por su forma a cartas de la aldea. El primer ensayo está fechado en 1866; el último, en 1869.) En lo que respecta a los llamados campesinos "con poca tierra", el libro no contiene, por supuesto, nada nuevo para el lector contemporáneo; pero en las postrimerías de los años 60, sus pruebas eran tan nuevas como valiosas. No nos proponemos, claro está, repetir las; sólo queremos señalar la peculiaridad de la definición que hace Skaldin de este fenómeno, peculiaridad que lo distingue ventajosamente de los populistas. Skaldin no habla de "escasez de tierra", sino de que "se han recortado demasiado las parcelas campesinas" (pág. 213, también 214 y muchas otras; confrontar título del ensayo III), de que las parcelas mayores fijadas por el Reglamento resultaron inferiores a las que los campesinos tenían

⁴ Se alude a la reforma que abolió el régimen de la servidumbre en Rusia. El manifiesto correspondiente fue firmado el 19 de febrero de 1861.

antes de la reforma (pág. 257); cita de paso algunos juicios y comentarios muy característicos y típicos de los campesinos sobre este aspecto de la reforma*.

* "El (subrayado por el autor) ha recortado tanto nuestra tierra que sin esa porción de tierra recortada no podemos vivir; nos ha rodeado por todas partes con sus campos de tal modo que no tenemos donde apacentar el ganado; así que debemos pagar aparte por la parcela y también aparte por la tierra recortada todo lo que nos pide". "¡Qué mejora de vida es ésta! —me dijo un mujík con cierta instrucción y experiencia, pechero en el pasado—. Nos han dejado el tributo como antes y, encima, nos han recortado las tierras".

Las explicaciones y pruebas de este hecho que aporta Skaldin son de una minuciosidad, un vigor e incluso una rudeza extraordinarios en un escritor como él, por lo común moderado en extremo, sensato y, por sus concepciones generales, sin duda alguna burgués. Si hasta un escritor como Skaldin habla de esto con tanta energía, ello significa que el fenómeno llamó mucho la atención. El autor habla también con no menos energía y detalle de lo gravoso de los pagos, aduciendo multitud de hechos para corroborar sus afirmaciones. "Los impuestos excesivos —leemos en el subtítulo del ensayo III (1867)— son la causa principal de la pobreza de los campesinos", y Skaldin muestra que los impuestos son superiores a los ingresos que los campesinos obtienen de la tierra. Cita de los *Dictámenes de la Comisión Fiscal* datos que muestran la distribución en Rusia de los impuestos que se perciben tanto de las clases superiores como de las inferiores, de donde resulta que sobre estas últimas recae el 76 % de todos los tributos, y sobre las primeras tan sólo el 17%, mientras que en Europa Occidental la relación es en todas partes incomparablemente más favorable para las clases inferiores. En el subtítulo del ensayo VII (1868) leemos: "Las desmesuradas cargas monetarias son una de las causas principales de la indigencia de los campesinos". Y el autor muestra que las nuevas condiciones de vida han exigido en el acto del campesino dinero, dinero y más dinero; que en el Reglamento se aceptaba como norma recompensar a los terratenientes por la abolición de la servidumbre (252); que la cuantía del tributo era fijada "de acuerdo con los datos auténticos facilitados por los terratenientes y sus administradores, es decir, de acuerdo con datos totalmente arbitrarios y nada fidedignos" (255), a causa de lo cual, los tributos medios establecidos por las comisiones resultaron ser más elevados de lo que eran en realidad. "A la carga de los tributos vino a añadirse, para los campesinos, la pérdida de la tierra que habían usufructuado durante siglos" (258). "Si la evaluación de la tierra para el rescate se hubiera hecho por su precio real en la época de la emancipación, y no según la capitalización del tributo, el rescate podría haberse efectuado muy fácilmente y no necesitaría siquiera la colaboración del gobierno ni la emisión de billetes de banco" (264).

167

"El rescate que, según el espíritu del Reglamento del 19 de febrero, debía ser un alivio para los campesinos y culminar el mejoramiento de sus condiciones de vida, contribuye con frecuencia, en realidad, a aumentar su penuria" (269). Citamos todos estos pasajes —de por sí poco interesantes y en parte anticuados— para mostrar con qué energía se pronunciaba a favor de los intereses de los campesinos un escritor adversario de la comunidad rural y verdadero manchesteriano,⁵ en toda una serie de problemas. Es muy aleccionador señalar la total coincidencia de casi todas las tesis útiles y no reaccionadas del populismo con las de este manchesteriano. Se comprende de por sí que, con tales concepciones acerca de la reforma, Skaldin no podía entregarse a esa meliflua idealización que hicieron y hacen de ella los populistas diciendo que ha sancionado la producción popular, que es superior a las reformas campesinas efectuadas en Europa Occidental, que ha hecho de Rusia algo así como *tabula rasa*, etc. Skaldin no sólo no ha dicho ni podía decir nada semejante, sino que, por el contrario, ha dicho explícitamente que nuestra reforma campesina se había realizado en condiciones menos ventajosas para los campesinos, que había sido menos provechosa que la de Occidente. "El problema se planteará de plano —escribe Skaldin— si nos preguntamos por qué las felices consecuencias de la emancipación no se manifiestan en nuestro país con la misma rapidez y el mismo crecimiento progresivo con que se manifestaron, por ejemplo,

⁵ *Manchesteriano*: véase la nota 105.

en Prusia y Sajonia en el primer cuarto del presente siglo" (221). "En Prusia, como en toda Alemania, no se rescataban las parcelas de los campesinos, que desde hacía ya mucho eran reconocidas por la ley como propiedades de éstos, sino las prestaciones obligatorias a los terratenientes" (272).

Pasemos ahora del aspecto económico de la reforma, en la apreciación de Skaldin, a su aspecto jurídico. Skaldin es enemigo jurado de la caución solidaria, del sistema de pasaportes interiores y del poder patriarcal de la "comunidad" en el campesinado (y de la sociedad pequeñoburguesa) sobre sus miembros. En el III ensayo (1867) insiste en la necesidad de suprimir la caución solidaria, la capitación y el sistema de pasaportes, en la necesidad de establecer un impuesto patrimonial igualitario y sustituir los pasaportes por certificados gratuitos y permanentes. "El impuesto sobre los pasaportes dentro del país no existe en ningún otro Estado civilizado" (109). Como se sabe, este impuesto ha sido abolido únicamente en 1897. En el título del IV ensayo leemos: "La arbitrariedad de las comunidades rurales y de las dumas urbanas en el envío de pasaportes y en el cobro de impuestos a contribuyentes ausentes"... "La caución solidaria es un pesado yugo que deben soportar los propietarios concienzudos y hacendosos por los jueguistas y holgazanes" (126). Skaldin quiere explicar la disociación del campesinado, ya visible entonces, por las cualidades personales de los que progresan y de los que se arruinan. El autor describe minuciosamente las dificultades con que tropiezan los campesinos que viven en San Petersburgo para obtener y prorrogar los pasaportes y rechaza la objeción de quienes dicen: "Gracias a Dios que toda esta masa de campesinos sin tierra no ha sido empadronada en las ciudades y no ha venido a aumentar el número de habitantes urbanos carentes de bienes raíces..." (130). "La bárbara caución solidaria..." (131)... "Uno se pregunta: ¿pueden llamarse ciudadanos libres las personas colocadas en semejante situación? ¿No son los mismos *glebae adscripti*?"* (132).

* En el antiguo Imperio Romano, campesinos adscritos a las heredades, de las que no podían irse aunque su cultivo fuera desventajoso. (*N. de la Edit.*)

Se culpa a la reforma campesina. "Pero ¿acaso es culpable la reforma campesina de que la legislación, después de emancipar al campesino de su servidumbre al terrateniente, no haya concebido nada para liberarlo de la sujeción a la comunidad y al lugar de residencia?... ¿Dónde están, pues, los indicios de la libertad civil, si el campesino no puede elegir el lugar de residencia ni el género de sus ocupaciones?" (132). Con toda razón y exactitud, Skaldin denomina a nuestro campesino "proletario sedentario" (231)**.

** Skaldin ha mostrado muy detalladamente la justedad no sólo de la segunda parte de esta definición (proletario), sino también de la primera. En sus ensayos dedica mucho espacio a describir la situación de dependencia de los campesinos, su miseria y la difícil situación de los jornaleros agrícolas, a la "descripción del hambre de 1868" (título del ensayo V) y de todas las formas de sojuzgamiento y humillación del campesino. En la década del 60, igual que en la del 90, hubo quienes silenciaban y negaban la existencia del hambre. Skaldin se alza vehementemente contra ellos. Está claro que sería superfluo reproducir citas minuciosas sobre esta materia.

En el título del ensayo VIII (1868) leemos: "...La adscripción de los campesinos a sus comunidades y parcelas entorpece el mejoramiento de sus condiciones de vida... Es una traba para el desenvolvimiento de las ocupaciones auxiliares fuera de la localidad". "Además de la ignorancia de los campesinos y de su agobio bajo el peso del aumento progresivo de los impuestos, una de las causas que frenan el desarrollo del trabajo campesino y, por consiguiente, de su bienestar, es su adscripción a las comunidades y parcelas. Atar la mano de obra a un solo lugar y encadenar la comunidad agraria con lazos indisolubles es ya de por sí una condición extremadamente desventajosa para el desenvolvimiento del trabajo, de la iniciativa personal y de la pequeña propiedad agraria" (284). "Los campesinos, sujetos a sus parcelas y comunidades, privados de la posibilidad de emplear su trabajo donde resulte más productivo y más ventajoso para ellos, han quedado como congelados en esta forma de vida promiscua, gregaria e improductiva en que salieron del régimen de la servidumbre" (285).

Por consiguiente, el autor enfoca estos problemas de la vida campesina desde un punto de vista netamente burgués; pero, pese a ello (más exacto: precisamente por ello), aprecia

con acierto extraordinario cuán perniciosa es la adscripción de los campesinos para toda la evolución social y para ellos mismos. Este perjuicio repercute con fuerza singular (agregaremos por nuestra parte) en los grupos inferiores del campesinado, en el proletariado rural. Skaldin dice con gran exactitud: "es loable la preocupación de la ley porque los campesinos no queden sin tierra; mas no se debe olvidar que la preocupación de los propios campesinos sobre el particular es incomparablemente mayor que la de cualquier legislador" (286). "Además de la adscripción de los campesinos a sus parcelas y comunidades, incluso su ausencia temporal para ganar un jornal, tropieza con multitud de restricciones y gastos a consecuencia de la caución solidaria y al sistema de pasaportes" (298). "A mi juicio, muchos campesinos encontrarían una salida de la difícil situación actual si se adoptaran... medidas tendentes a facilitarles la posibilidad de renunciar a la tierra" (294). Skaldin expresa aquí un deseo que está en flagrante contradicción con todos los proyectos populistas, que se reducen a lo contrario: fortalecimiento de la comunidad, inalienabilidad de las parcelas, etc. Numerosos hechos han demostrado por entero desde entonces la razón que tenía Skaldin: la pervivencia de la sujeción de los campesinos a la tierra y del carácter estamental cerrado de la comunidad campesina no hace más que empeorar la situación del proletariado rural y entorpecer el desarrollo económico del país sin defender en absoluto al "proletario sedentario" contra las peores formas de sojuzgamiento y dependencia, contra la caída vertical del salario y del nivel de vida.

El lector ha podido deducir ya de las citas transcritas que Skaldin es enemigo de la comunidad rural. Se alza contra ella y contra la redistribución de las tierras desde el punto de vista de la propiedad personal, del espíritu emprendedor, etc. (págs. 142 y sigs.). Refuta a los defensores de la comunidad afirmando que "el derecho consuetudinario secular" ha vivido su época: "En todos los países, a medida que los habitantes rurales se ponían en contacto con el medio civilizado, el derecho consuetudinario iba perdiendo su pureza primitiva, corrompiéndose y deformándose. Este fenómeno se observa también en nuestro país: el poder de la comunidad se convierte poco a poco en el poder de las sanguijuelas y de los escribanos rurales, y en lugar de proteger la personalidad del campesino, cae sobre él como un pesado yugo" (143), observación muy justa, cuya veracidad se ha visto confirmada durante los últimos treinta años por una infinidad de hechos. "La familia patriarcal, la posesión comunal de la tierra, el derecho consuetudinario", a juicio de Skaldin, están irremisiblemente condenados por la historia. "Quienes desearan perpetuar estos venerables monumentos de los siglos pasados, demostrarían que son más capaces de dejarse arrastrar por una idea que de penetrar en la realidad y comprender la marcha incontenible de la historia" (162). Y Skaldin agrega a esta observación, efectivamente justa, una vibrante filípica manchesteriana. "El usufructo comunal de la tierra —dice en otro lugar— coloca a cada campesino en dependencia servil de toda la comunidad" (222). Así pues, la enemiga sin reservas a la comunidad, desde un punto de vista puramente burgués, se asocia en Skaldin a una consecuente defensa de los intereses de los campesinos. Pero el autor no une en absoluto su animadversión a la comunidad con los insensatos proyectos de aniquilación violenta de ésta ni con la implantación forzosa de otro sistema similar de posesión de la tierra, como suelen proponer los actuales adversarios de la comunidad que propugnan una ingerencia brutal en la vida campesina y se pronuncian contra la comunidad, no precisamente desde el punto de vista de los intereses de los campesinos. Por el contrario, Skaldin protesta con toda energía contra su inclusión entre los defensores de una destrucción violenta del usufructo comunal de la tierra" (144). "El Reglamento del 19 de febrero — dice— ha autorizado muy sabiamente a los propios campesinos... a pasar... del usufructo comunal al familiar. En efecto, nadie, aparte de los campesinos mismos, puede decidir con fundamento el instante en que deba efectuarse el paso". Por lo tanto, Skaldin es adversario de la comunidad sólo en el sentido de que ésta traba el desarrollo económico, la salida de los campesinos de ella y la renuncia a la tierra; es decir, en el mismo sentido en que "los

discípulos rusos" se manifiestan ahora contrarios a la comunidad. Esta animadversión nada tiene de común con la defensa de los intereses egoístas de los terratenientes, ni con la defensa de los vestigios y del espíritu de la servidumbre ni con la defensa de la injerencia en la vida de los campesinos. Importa mucho tener en cuenta esta diferencia, pues los populistas de hoy, habituados a ver enemigos de la comunidad solamente en el campo de *Moskovskie Viédomosti*, etc., se hacen pasar de buen grado por gente que no comprende *ninguna otra* forma de oposición a la comunidad.

Skaldin considera, de una manera general, que las causas de la penosa situación de los campesinos radican en las supervivencias del régimen de la servidumbre. Después de describir el hambre de 1868, hace notar que los terratenientes feudales se referían a ella con malévolos alegría, atribuyéndola a la depravación de los campesinos, a la supresión de la tutela terrateniente, etc. Skaldin se rebela vivamente contra estas opiniones. "Las causas del empobrecimiento de los campesinos —dice— *han sido heredadas del régimen de la servidumbre* (212) y no son resultado de su abolición; son las mismas causas generales que mantienen a la mayoría de nuestros campesinos a un nivel próximo al proletariado".

169

Y Skaldin repite los juicios antes citados acerca de la reforma. Es absurdo arremeter contra las particiones familiares: "Aun cuando estas particiones causan un daño temporal a las ventajas materiales de los campesinos, dejan a salvo, en cambio, su libertad individual y la dignidad moral de la familia campesina, es decir, los bienes supremos del hombre, sin los cuales es imposible todo progreso de la civilización" (217), y Skaldin señala con razón las auténticas causas de la campaña contra las particiones: "Muchos terratenientes exageran el perjuicio que causan las particiones y descargan sobre ellas, lo mismo que sobre la afición a la bebida, todas las consecuencias de unas u otras causas de la pobreza de los campesinos, que los terratenientes son tan reacios a reconocer" (218). Skaldin replica a quienes dicen que ahora se habla mucho de la pobreza campesina, mientras que antes no se la mencionaba para nada y deducen de ahí que la situación de los campesinos ha empeorado: "Para poder apreciar justamente los resultados de la emancipación de los campesinos del poder de los terratenientes, comparando su situación actual con la de antes, habría que trasladar a los tiempos de la servidumbre el recorte actual de las parcelas campesinas, imponer a los siervos de entonces todas las cargas que han aparecido después de la emancipación y ver cómo soportarían semejante situación" (219). Este es un rasgo, en alto grado característico e importante, de las concepciones de Skaldin, quien reduce todas las causas del empeoramiento de la situación de los campesinos a las supervivencias de la servidumbre, la cual ha dejado en herencia las prestaciones personales, los tributos, los recortes de tierra, la falta de derechos individuales y la sujeción de los campesinos a los lugares en que residen. Skaldin no ve que las causas del empobrecimiento campesino pueden estar en el propio régimen de las nuevas relaciones socioeconómicas, en el propio régimen de la economía posterior a la reforma campesina. Es más, no admite en absoluto semejante pensamiento, pues está profundamente convencido de que con la supresión completa de todos estos vestigios de la servidumbre sobrevendrá la prosperidad general. Su punto de vista es precisamente negativo: eliminad los obstáculos al libre desarrollo del campesinado, eliminad las trabas heredadas del régimen de la servidumbre y todo marchará del mejor modo posible en el mejor de los mundos posibles. "El poder del Estado —dice Skaldin— puede tener aquí (es decir, respecto a los campesinos) un solo camino: *eliminar* de manera paulatina y continua *las causas* que han llevado a nuestro campesino al embrutecimiento y la pobreza actuales y que le impiden elevarse y valerse por sí mismo" (224, subrayado por mí). A este respecto es característica en extremo la respuesta que da Skaldin a quienes defienden la "comunidad" (o sea, la sujeción de los campesinos a la comunidad y a la parcela) y alegan que, en caso contrario, "se formaría un proletariado rural". "Esta objeción —dice Skaldin— se viene abajo por sí sola en cuanto recordamos las inmensas extensiones de tierra sin cultivar existentes en nuestro país por falta de brazos para trabajarlas. Cuando la ley deje de

imponer restricciones a la distribución natural de la mano de obra, en Rusia serán proletarios de verdad sólo los mendigos profesionales o la gente corrompida sin remedio y entregada a la bebida" (144). Es el punto de vista típico de los economistas y "enciclopedistas" del siglo XVIII, quienes creyeron que la abolición de la servidumbre y de todas sus supervivencias instauraría en la tierra el reino del bienestar universal. Probablemente, un populista miraría a Skaldin con altivez y diría que no es más que un burgués. Sí, claro, Skaldin es un burgués, pero es un representante de la ideología burguesa progresista, mientras que la ideología del populista es pequeñoburguesa y reaccionaria en toda una serie de puntos. ¡Y este "burgués" ha sabido defender mejor aún que un populista los intereses prácticos y reales de los campesinos, que han coincidido y coinciden con las exigencias de todo el desarrollo social!*

* Y a la inversa: todas las medidas prácticas progresistas que encontramos entre los populistas son, por su contenido, *completamente burguesas*, es decir, favorecen precisa y únicamente el desarrollo capitalista. Sólo unos pequeños burgueses han podido inventar la teoría de que la ampliación de la posesión agraria campesina, la reducción de los impuestos, la migración interior, el crédito, el progreso de la técnica, la regulación de la venta y otras medidas semejantes pueden servir a una "producción popular".

Para terminar de caracterizar las concepciones de Skaldin, añadiremos que este autor es enemigo del sistema estamental y defensor de un tribunal único para todos los estamentos, simpatiza "en teoría" con la administración subdistrital sin estamentos, es ferviente partidario de la instrucción pública, principalmente de la general; es partidario de la autoadministración y de las instituciones de los zemstvos; es partidario de un amplio crédito agrario, sobre todo del pequeño crédito, pues entre los campesinos hay gran demanda de tierra. También aquí aparece el "manchesteriano": Skaldin dice, por ejemplo, que los bancos de los zemstvos y de las ciudades son "una forma patriarcal o primitiva de bancos" y deben ceder su lugar a los bancos privados, que tienen "todas las ventajas" (80). Se puede dar valor a la tierra "mediante la reanimación de la actividad industrial y comercial en nuestras provincias" (71), etc.

170

Resumamos. Por el carácter de sus concepciones, Skaldin puede ser calificado de burgués enciclopedista. Sus opiniones recuerdan extraordinariamente las de los economistas del siglo XVIII (por supuesto, con la respectiva refracción del prisma de las condiciones rusas); el autor ha expresado con suficiente claridad el carácter enciclopedista general de "la herencia" de los años 60. Al igual que los enciclopedistas de Europa Occidental y la mayoría de los hombres de letras de los años 60, Skaldin está animado por un ardiente odio al régimen de la servidumbre y a *todos sus* frutos en el terreno económico, social y jurídico. Este es el primer rasgo característico del "enciclopedista". El segundo, común a todos los paladines rusos de la ilustración, es la fervorosa defensa de la instrucción, de la autogestión, de la libertad, de las formas europeas de vida y, en general, de la europeización de Rusia en todos los aspectos. Por último, el tercer rasgo característico del "enciclopedista" es la defensa de los intereses de las masas populares, principalmente de los campesinos (que aún no estaban emancipados por completo o que sólo empezaban a emanciparse en la época de la ilustración), la sincera fe en que la abolición de la servidumbre y de sus supervivencias habría de traer el bienestar general y el sincero deseo de contribuir a ello. Estos tres rasgos constituyen la esencia de lo que entre nosotros se llama "herencia de los años 60", y es importante subrayar que *en esta herencia no hay nada de populista*. En Rusia hay no pocos escritores que, por sus concepciones, poseen los rasgos mencionados y que jamás han tenido nada de común con el populismo. Cuando en la concepción del mundo de un escritor aparecen esos rasgos, todos ven siempre en él a un "guardián de las tradiciones de los años 60", independientemente de lo que piense del populismo. A nadie, claro está, se le ocurriría decir, por ejemplo, que el señor M. Stasiulévich, cuyo aniversario se ha festejado hace poco, "ha renegado de la herencia" por haber sido adversario del populismo o haberse mostrado indiferente ante los problemas *plantados* por esto. Hemos tomado como ejemplo a Skaldin* precisamente porque siendo un representante *indudable* de la "herencia", es, al mismo tiempo, un enemigo declarado de las viejas instituciones cuya defensa ha asumido el populismo.

* Se nos objetará, tal vez, que Skaldin no es típico de los años 60 ni por su animadversión a la comunidad ni por el tono que emplea. Pero aquí no se trata en modo alguno sólo de la comunidad. Se trata de las concepciones comunes a todos los enciclopedistas y que Skaldin comparte. En cuanto al tono, tal vez no sea típico, en efecto, por su manera serena, moderada, pausada de razonar, etc. No en vano Engels llamó a Skaldin *liberalkonservativ* (conservador moderado. *N. de la Edit.*). Sin embargo, elegir a un representante de la herencia con un tono más típico sería, primero, inconveniente por diversos motivos y, segundo, podría originar malentendidos al trazar un paralelo con el populismo actual.⁶ Por el carácter mismo de nuestro objetivo, *el tono* (en contra del proverbio) *no hace la música*, y el tono de Skaldin, precisamente porque no es típico, hace resaltar más su "música", es decir, el contenido de sus concepciones. Y a nosotros sólo nos interesa ese contenido. Únicamente por el contenido de las concepciones (y no por el tono de los autores) nos proponemos trazar un paralelo entre los representantes de la herencia y los populistas de la época actual.

Hemos dicho que Skaldin es un burgués. Ya hemos aportado pruebas suficientes de ello. Pero debemos hacer la salvedad de que entre nosotros es frecuente entender esta palabra de una manera incorrecta, estrecha y antihistórica en extremo, relacionándola (*sin distinción de épocas históricas*) con la defensa egoísta de los intereses de una minoría. No debe olvidarse que en la época en que escribían los enciclopedistas del siglo XVIII (a quienes la opinión general incluye entre los líderes de la burguesía) y en la que escribían también los nuestros en la época que va del 40 al 60, *todos* los problemas sociales se reducían a la lucha contra el régimen de la servidumbre y sus vestigios. Las nuevas relaciones socioeconómicas y sus contradicciones se hallaban aún en estado embrionario. Por eso, en los ideólogos de la burguesía no se manifestaba ningún egoísmo. Al contrario, tanto en Occidente como en Rusia, creían de buena fe en la prosperidad general y la deseaban sinceramente. Y también eran sinceros cuando no veían (y en parte no podían ver aún) las contradicciones implícitas en el régimen que surgía del feudalismo. No en vano Skaldin cita en su libro a Adam Smith: hemos visto que tanto sus concepciones como el carácter de su argumentación repiten, en muchos casos, las tesis de este gran ideólogo de la burguesía avanzada.

Y si confrontamos las aspiraciones prácticas de Skaldin con las concepciones de los populistas contemporáneos, por una parte, y con la actitud que tienen frente a ellas "los discípulos rusos", por otra, veremos que los "discípulos" apoyarán siempre las aspiraciones de Skaldin, pues ellas expresan los intereses de las clases sociales progresistas, los intereses vitales de todo el desarrollo social por el camino que ha emprendido, o sea, por el camino capitalista. En cuanto a las modificaciones que los populistas han introducido en las aspiraciones prácticas de Skaldin o en la manera en que éste plantea los problemas, es un *hecho negativo* que el discípulo rechaza. Los discípulos no "arremeten" contra la "herencia" (eso es una invención absurda), sino contra los aditamentos románticos y pequeñoburgueses que los populistas le ponen. Pasemos ahora a analizar esos aditamentos.

II. Los aditamentos del populismo a la "herencia"

171

De Skaldin pasaremos a Engelhardt. Sus cartas Desde la aldea son también ensayos de un publicista sobre la vida rural, de suerte que, tanto por el contenido como incluso por la forma, su libro se parece mucho al de Skaldin. Engelhardt tiene mucho más talento que Skaldin, y sus cartas desde la aldea están escritas en un estilo infinitamente más ameno y rico de imágenes. No contienen los extensos razonamientos del respetable autor de *En una perdida aldea y en la capital*; pero, en cambio, nos ofrecen muchas más imágenes y definiciones acertadas. No es de extrañar que el libro de Engelhardt goce de tan firme simpatía entre los lectores y que haya sido reeditado hace muy poco, mientras que el de Skaldin está casi

⁶ Al hablar de la "herencia" ideológica de los años 60 del siglo XIX, Lenin se vio obligado, para eludir la censura, a remitirse a Skaldin. En realidad, Lenin consideraba a N. G. Chernyshevski el representante principal de la mencionada "herencia".

olvidado por completo, a pesar de que las cartas de Engelhardt comenzaron a publicarse en *Otičhestvennie Zapiski* apenas dos años después de aparecer el libro de Skaldin. Por eso no tenemos ninguna necesidad de dar a conocer al lector el contenido del libro de Engelhardt y nos limitaremos a caracterizar brevemente dos aspectos de sus concepciones: primero, las concepciones propias de la "herencia" en general y comunes a Engelhardt y a Skaldin en particular; segundo, las concepciones específicamente populistas. Engelhardt *es ya un populista*, pero en sus concepciones hay todavía tantos rasgos comunes a todos los enciclopedistas, tantas cosas que han sido rechazadas o modificadas por el populismo contemporáneo, que uno se ve en aprietos para colocarlo en el lugar que le corresponde: o entre los representantes de la "herencia" en general, sin ningún matiz populista, o entre los populistas.

Lo que le acerca a los primeros es, ante todo, la notable sensatez de sus concepciones, la manera simple y clara de caracterizar la realidad, la crítica despiadada de todas las cualidades negativas, de los "pilares" en general y del campesinado en particular, de esos mismos "pilares" cuya falsa idealización y embellecimiento son parte integrante y necesaria del populismo. El populismo de Engelhardt, expresado de una manera muy débil y tímida, se halla, por lo mismo, en directa y flagrante contradicción con el cuadro de *la realidad aldeana* que ha pintado con tanto talento; y si algún economista o publicista tomase como base de sus juicios sobre la aldea *los datos y las observaciones* aportados por Engelhardt*, le sería imposible extraer conclusiones populistas.

* Dicho sea de paso: eso sería no sólo muy interesante e instructivo, sino un procedimiento completamente legítimo en un investigador de economía. Si los hombres de ciencia confían en los datos de las encuestas — respuestas y juicios de muchos propietarios, con frecuencia parciales, poco competentes, sin una concepción cabal y sin opiniones bien meditadas—, ¿por qué no confiar en las observaciones recogidas durante once años por un hombre de notable espíritu de observación y de indudable sinceridad, por un hombre que ha estudiado a la perfección la materia de que habla?

La idealización del campesino y de su comunidad es una de las partes integrantes y necesarias del populismo, y los populistas de todos los matices, desde el señor V. V. hasta el señor Mijailovski, han aportado un abundante tributo a esta tendencia que idealiza y embellece la "comunidad". En Engelhardt no hay ni rastro de tal embellecimiento. En oposición a la fraseología corriente acerca del espíritu de comunidad de nuestro campesino y a la costumbre de contraponer ese "espíritu de comunidad" al individualismo de las ciudades, a la competencia en la economía capitalista, etc., Engelhardt pone al desnudo de manera implacable el sorprendente *individualismo* del pequeño agricultor. Muestra con detalle que "en los problemas de la propiedad, nuestros campesinos son los propietarios más extremistas" (pág. 62, citado según la edición de 1885), que no pueden soportar "el trabajo en común" y lo odian por motivos puramente personales y egoístas: trabajando en común cada uno "teme trabajar más que los otros" (pág. 206). Este temor alcanza el más alto grado de comicidad (quizás hasta de tragicomedia) cuando el autor relata cómo mujeres que viven en una misma casa y están ligadas por una hacienda común y lazos de parentesco, lavan cada una la parte de la mesa en que comen, u ordeñan por turno las vacas, recogiendo cada una la leche para *su propio* hijo (temen que otras oculten la cantidad ordeñada) y preparando cada una por separado la papilla que le da a su hijo (pág. 323). Engelhardt expone con tantos pormenores estos rasgos y los confirma con tal cantidad de ejemplos que no puede ni hablarse de que tales hechos sean fortuitos. Una de dos: o Engelhardt es un observador inepto, que no merece confianza, o las fábulas sobre el espíritu de comunidad y las cualidades comunitarias de nuestros campesinos son una mera invención que atribuye a *la economía* rasgos derivados de la forma de *propiedad de la tierra* (además, de esa forma de propiedad de la tierra se derivan todos sus aspectos administrativos y fiscales). Engelhardt muestra que el campesino tiende en su actividad económica a ser kulak: "en cada campesino hay cierta dosis de la mentalidad del kulak" (pág. 491), "los ideales del kulak imperan en el ambiente campesino"... "He señalado más de una vez que en el campesino están muy desarrollados el

individualismo, el egoísmo, la tendencia a la explotación"... "Cada uno se enorgullece de ser un pez grande y tiende a devorar al chico". Engelhardt muestra de manera magistral que el campesino no tiende en absoluto al régimen de "comunidad" ni de ninguna manera a la "producción popular", sino al más corriente régimen pequeñoburgués propio de toda sociedad capitalista. La aspiración de todo campesino acomodado de dedicarse a operaciones comerciales (363), prestar trigo pagadero en trabajo, comprar el trabajo del campesino pobre (págs. 457, 492 y otras), es decir, traducido al lenguaje económico, la transformación de los mujiks hacendosos en burguesía rural, ha sido descrita y demostrada por Engelhardt de manera irrefutable. "Si los campesinos no pasan a la hacienda en forma de artel —dice— y siguen explotando cada uno su hacienda por separado, habrá entre ellos, incluso si abunda la tierra, campesinos sin tierra y obreros agrícolas. Diré más: creo que la diferencia de fortuna entre los campesinos será más considerable aún que ahora. Pese a la posesión comunal de la tierra, al lado de los "ricachos" habrá muchos campesinos sin tierra que serán, de hecho, jornaleros. ¿De qué me sirve a mí o a mis hijos tener derechos a la tierra, si no tengo capital ni aperos para cultivarla? Es como darle tierra a un ciego y decirle: ¡cométela!" (370). La "hacienda en forma de artel" aparece aquí solitaria, con triste ironía, como un buen deseo inocente que, lejos de surgir de los datos relativos al campesinado, es rebatido y excluido expresamente por dichos datos.

172

Otro rasgo que aproxima a Engelhardt a los representantes de la herencia sin ningún matiz populista es su creencia de que la causa principal y básica de la penosa situación de los campesinos reside en las supervivencias del régimen de la servidumbre y en la reglamentación que le es propia. Eliminad estos vestigios y esta reglamentación, y todo se arreglará. La opinión negativa por completo que Engelhardt tiene de la reglamentación y su sarcástica ridiculización de todas las tentativas de beneficiar al campesino mediante la reglamentación desde arriba se hallan en la más flagrante contradicción con las esperanzas populistas en "la razón y la conciencia, la sabiduría y el patriotismo de las clases dirigentes" (palabras del señor Yuzhakov en *Rússkoie Bogatstvo*, núm. 12, 1896 pág. 106), con la proyectomanía populista a propósito de la "organización de la producción", etc. Recordemos con cuánta ironía arremete Engelhardt contra la disposición que prohíbe, para "bien" del campesino, la venta de vodka en los molinos; con qué indignación habla de la decisión adoptada con carácter obligatorio por algunos zemstvos en 1880 de no sembrar centeno antes del 15 de agosto, de esta grosera ingerencia de los "sabios de gabinete" —so pretexto también de velar por los intereses de los campesinos— en la economía de "millones de agricultores propietarios" (424). Después de señalar la existencia de reglas y disposiciones como la prohibición de fumar en los bosques de coníferas, de pescar lucios en primavera, de talar abedules jóvenes para las "fiestas de mayo", de destruir nidos, etc., Engelhardt comenta sarcásticamente: "...La suerte del campesino ha sido siempre y sigue siendo la preocupación fundamental de los intelectuales. ¿Quién vive para sí mismo? Todos viven para el campesino... El campesino es tonto, no puede arreglárselas solo. Si nadie se preocupa de él, es capaz de quemar todos los bosques, exterminar todos los pájaros, pescar todos los peces, esquilar la tierra y acabar consigo mismo" (398). Dígame, lector, ¿podría simpatizar este escritor aunque sólo fuera con las leyes predilectas de los populistas sobre la inalienabilidad de las parcelas? ¿Podría decir algo semejante a la frase citada anteriormente de uno de los pilares de *Rússkoie Bogatstvo*? ¿Podría compartir el punto de vista de otro pilar de la misma revista, el señor N. Káryshev, quien reprocha a nuestros zemstvos provinciales (¡en la década del 90!) que "no encuentran lugar" "para inversiones sistemáticas grandes y serias con objeto de organizar el trabajo agrícola"?*

* *Rússkoie Bogatstvo*, 1896, núm. 5, mayo. Artículo del señor Káryshev sobre los gastos de los zemstvos provinciales en medidas económicas, pág. 20.

Señalemos otro rasgo más que acerca a Engelhardt a Skaldin: su actitud inconsciente ante muchos deseos y medidas puramente burgueses. No es que Engelhardt haya querido

embellecer al pequeño burgués, ni buscar argumentos (a la manera del señor V. V.) contra la aplicación de ese calificativo a tal o cual empresario. De ninguna manera. Simplemente, Engelhardt, que es un amo práctico, se siente atraído por todos los progresos y mejoras de la hacienda, sin notar en absoluto que la forma social de estas mejoras es la mejor refutación de sus propias teorías sobre la imposibilidad del capitalismo en nuestro país. Recordemos, por ejemplo, cómo le entusiasmaron los éxitos que obtuvo en su hacienda con el sistema de remuneración a sus obreros *por trabajo realizado* (por espadillar el lino, trillar, etc.). Engelhardt ni sospecha siquiera, según parece, que la sustitución del pago del trabajo por horas con el pago a destajo es uno de los procedimientos más extendidos de la economía capitalista en desarrollo, mediante el cual logra la intensificación del trabajo y el aumento de la cuota de plusvalía. Otro ejemplo. Engelhardt ridiculiza el programa de la *Zemledielcheskaya Gazeta*⁷ que dice: "cese de la entrega de los campos en arriendo con cultivos obligatorios, organización de haciendas basadas en el trabajo asalariado, introducción de maquinaria y aperos perfeccionados, cría de ganado de raza, sistema de rotación de cultivos, mejoramiento de prados y pastizales, etc., etc.". "¡Pero si todo esto no son más que lugares comunes!", exclama Engelhardt (128). Y sin embargo, éste es, y no otro, el programa que él mismo ha llevado a la práctica, y el progreso técnico alcanzado en su hacienda se debe justamente a haber organizado su explotación con trabajo asalariado. O citemos otro ejemplo: hemos visto ya con cuánta franqueza y exactitud puso Engelhardt al desnudo las verdaderas tendencias del mujik hacendoso; sin embargo, esto no le ha impedido en absoluto afirmar que "no se necesitan fábricas, sino *pequeñas* (subrayado por él) destilerías de aguardiente, mantequerías rurales", etc. (pág. 336), o sea, "es necesario" que la burguesía rural pase a desarrollar las industrias rurales, lo que siempre y en todas partes ha sido uno de los síntomas más importantes del capitalismo en la agricultura.

173

Aquí se manifiesta el hecho de que Engelhardt no es un teórico, sino un propietario práctico. Una cosa es razonar sobre la posibilidad del progreso sin el capitalismo, y otra explotar uno mismo la hacienda propia. Puesto a la tarea de organizar racionalmente su hacienda, Engelhardt *se ha visto obligado*, por la fuerza de las circunstancias que lo rodean, a lograr dicho fin con procedimientos puramente capitalistas y dejar a un lado todas sus dudas teóricas y abstractas respecto al sistema de trabajo asalariado. En teoría, Skaldin razonaba como un manchesteriano típico, sin notar en lo más mínimo este carácter de sus razonamientos ni observar que correspondían a las necesidades de la evolución capitalista de Rusia. Engelhardt se ha visto obligado a proceder, en la práctica, como un típico manchesteriano, pese a su protesta teórica contra el capitalismo y a su propio deseo de creer en las vías peculiares de la patria.

Pero Engelhardt creía, y eso es lo que nos obliga a llamarlo populista. Ve ya con claridad la verdadera tendencia del desarrollo económico de Rusia y comienza a disculparse de las contradicciones de este desarrollo. Se esfuerza por demostrar la imposibilidad del capitalismo agrario en Rusia, por demostrar que "nosotros no tenemos *knecht*"* (pág. 556), a pesar de que él mismo ha refutado del modo más minucioso las fábulas sobre la carestía de nuestra mano de obra, de que ha mostrado el mísero salario por el que trabaja su vaquero Piotr con su familia, al que le quedan, fuera de la manutención, seis rublos al año "para comprar sal, aceite vegetal y ropa" (pág. 10). "Y a pesar de eso, se le envidia, y si lo despido, se presentarán en el acto cincuenta deseosos de ocupar su puesto" (pág. 11). Al señalar el éxito de su hacienda y la habilidad con que los obreros manejan el arado, exclama triunfalmente: "¿y quiénes son esos labradores? Campesinos rusos ignorantes y sin escrúpulos" (pág. 225).

* Mozo de labranza. (*N. de la Edit.*)

⁷ *Zemledielcheskaya Gazeta* ("La Gaceta Agrícola): órgano de prensa del Ministerio de Bienes Fiscales; se publicó en San Petersburgo desde 1834 hasta 1917.

Después de haber refutado, con el ejemplo de la administración de su hacienda y con la denuncia del individualismo campesino, todas las ilusiones respecto al "espíritu de comunidad", Engelhardt, sin embargo, no sólo "cree" en la posibilidad de que los campesinos pasen a la hacienda en forma de artel, sino que enuncia la "convicción" de que así ocurrirá, de que nosotros, los rusos, realizaremos esta gran obra, implantaremos nuevos métodos de explotación de las haciendas. "En ello radica precisamente el carácter peculiar, original de nuestra economía" (pág. 349). El Engelhardt realista se transforma en el Engelhardt romántico que compensa la absoluta falta de "originalidad" en los métodos de explotación de su propia hacienda y en los que aplican los campesinos que ha observado, ¡con la "fe" en la futura "originalidad"! De esta fe no hay más que un paso hasta los rasgos ultrapopulistas que aparecen en Engelhardt —aunque muy raramente—, hasta el estrecho nacionalismo rayano en el chovinismo ("Haremos añicos a Europa misma", "también en Europa el campesino estará con nosotros" (pág. 387), decía Engelhardt a un terrateniente con motivo de la guerra), ¡y hasta la idealización del pago en trabajo! Sí, el propio Engelhardt, que ha dedicado tantas páginas excelentes de su libro a describir la desesperada y humillante situación del campesino que toma dinero o cereales a préstamo para devolverlos con su trabajo y que se ve obligado a trabajar casi gratuitamente en las peores condiciones de dependencia personal**; este mismo Engelhardt llega a decir que "sería bueno que el doctor (se trataba de la utilidad y la necesidad de un médico en la aldea.— V. I.) tuviera su propia hacienda para que el campesino pudiese pagar con su trabajo por la asistencia médica" (pág. 41). Los comentarios sobran.

** Acuérdense de la escena del *stárosta* (es decir, el administrador del terrateniente) que llama al campesino a trabajar cuando el trigo de este último se desgrana, y sólo obedece al amenazarle con que le "casarán las liendres" en el subdistrito.

En resumen, al comparar los rasgos positivos — expuestos más arriba— de la concepción de Engelhardt (o sea, lo que tiene de común con los representantes de la "herencia", sin ningún matiz populista) y los negativos (es decir, populistas), tendremos que reconocer que los primeros predominan indudablemente en el autor de las cartas *Desde la aldea*, mientras que los segundos son una especie de interpolaciones extrañas, casuales, sugeridas desde fuera y que no concuerdan con el tono fundamental del libro.

III. ¿Ha ganado la "herencia" al relacionarse con el populismo?

— Pero, entonces, ¿qué entiende usted por populismo? —preguntará probablemente el lector-. Ha definido más arriba el contenido del concepto de "herencia", pero no ha hecho ninguna definición del concepto de "populismo".

— Entendemos por populismo un sistema de ideas que comprende los tres rasgos: 1) *El reconocimiento del capitalismo en Rusia como decadencia, como regresión*. De ahí el propósito y el deseo de "frenar", "detener" y "poner fin a la demolición" de los pilares seculares por el capitalismo, y otros lamentos reaccionarios del mismo género. 2) *El reconocimiento de la originalidad del régimen económico ruso, en general, y de la del campesino con su comunidad, artel, etc., en particular*. Los populistas no estiman necesario aplicar a las relaciones económicas rusas los conceptos elaborados por la ciencia contemporánea acerca de las diversas clases sociales y sus conflictos. Consideran que el campesinado comunal es superior al capitalismo y mejor que él; es la idealización de los "pilares". Niegan y disimulan las contradicciones que existen entre los campesinos, propias de toda economía mercantil y capitalista; niegan el nexo de estas contradicciones con su forma más desarrollada en la industria y la agricultura capitalistas. 3) *La omisión del vínculo*

existente entre la "intelectualidad" y las instituciones políticas y jurídicas del país, de una parte, y los intereses materiales de determinadas clases sociales, de otra. La negación de este vínculo y la falta de una explicación materialista de estos factores sociales obligan a ver en ellos una fuerza capaz de "llevar la historia por otra vía" (señor V. V.), "desviarse del camino" (señores N.-on, Yuzhakov y otros), etc.

174

Eso es lo que nosotros entendemos por "populismo". El lector ve, pues, que empleamos este término en el amplio sentido de la palabra, como lo emplean también todos los "discípulos rusos" que combaten todo un sistema de concepciones y no a unos u otros representantes suyos. Ciertamente que entre estos representantes existen diferencias a veces no pequeñas. Nadie las pasa por alto. Pero los rasgos expuestos de esa concepción son comunes a los más diversos representantes del populismo, desde... digamos, el señor Yúzov hasta el señor Mijailovski. A los mencionados rasgos negativos de sus concepciones los señores Yúzov, Sazónov, V. V. y otros agregan algunos más, igualmente negativos, que no vemos, por ejemplo, en el señor Mijailovski ni en otros colaboradores de la actual *Rússkoie Bogatstvo*. Negar estas diferencias entre los populistas en el sentido estricto de la palabra y los populistas en general sería, por supuesto, erróneo; pero sería más erróneo aún desconocer que las concepciones socioeconómicas fundamentales de todos y cada uno de los populistas coinciden en los puntos principales señalados. Y puesto que los "discípulos rusos" refutan precisamente esas concepciones fundamentales, y no sólo las "lamentables desviaciones" de ellas hacia el lado peor, tienen, evidentemente, pleno derecho a emplear la noción de "populismo" en el amplio sentido de la palabra. Y no sólo tienen ese derecho, sino que no pueden proceder de otra manera.

Al analizar las concepciones fundamentales del populismo ya esbozadas, debemos hacer constar, ante todo, que la "herencia" *no tiene absolutamente nada que ver con ellas*. Existe una serie de indudables representantes y guardianes de la "herencia" que nada tienen de común con el populismo; no plantean en absoluto el problema del capitalismo; no creen para nada en la originalidad de Rusia ni de la comunidad campesina, etc.; no ven en los intelectuales y las instituciones políticas y jurídicas un factor capaz de "desviar del camino". Hemos mencionado antes, como ejemplo, al editor y director de la revista *Véstnik Evropy*,⁸ al que se puede acusar de cualquier cosa menos de infringir las tradiciones de la herencia. Por el contrario, hay personas de ideas acordes con los principios fundamentales del populismo ya señalados y que, al mismo tiempo, "reniegan de la herencia" franca y abiertamente. Mencionemos, aunque no sea más, al señor Y. Abrámov, citado también por el señor Mijailovski, o al señor Yúzov. El populismo que combaten los "discípulos rusos" no existía en absoluto cuando (expresándonos en lenguaje jurídico) "se abrió" el testamento, o sea, en los años 60. Embriones, gérmenes del populismo había, claro está, no sólo en la década del 60, sino también en la del 40 e incluso antes*, pero la historia del populismo no nos interesa ahora en absoluto. Lo importante para nosotros, volvemos a repetirlo, es dejar sentado que la "herencia" de los años 60, en el sentido en que la hemos caracterizado antes, no tiene nada de común con el populismo, es decir, que no tiene nada de común en cuanto al fondo de sus concepciones y que una y otra plantean problemas diferentes. Hay guardianes de la "herencia" que no son populistas y hay populistas que "han renegado de la herencia". Por supuesto, hay también populistas que custodian la "herencia" o que pretenden custodiarla. Precisamente por eso hablamos de los vínculos de la herencia con el populismo. Veamos, pues, qué han aportado estos vínculos.

* Cfr. ahora el libro de Tugán-Baranovski *La fábrica rusa* (San Petersburgo, 1898).

En primer lugar, el populismo dio un gran *paso adelante* respecto a la herencia *al plantear* ante el pensamiento social, para resolverlos, problemas que los guardianes de la herencia, en parte, no habían podido plantear aún (en su época) y, en parte, no los han planteado ni

⁸ *Véstnik Evropy*: véase la nota 23.

los plantean debido a la estrechez de horizonte que les es propia. *El planteamiento* de estos problemas es un gran mérito *histórico* del populismo, y es completamente natural y comprensible que al dar una solución (no importa cuál) a dichos problemas, el populismo haya ocupado *por lo mismo* un lugar de vanguardia entre las corrientes progresistas del pensamiento social ruso.

Pero la solución que dio el populismo a estos problemas resultó totalmente inservible, pues se basaba en teorías atrasadas que en Europa Occidental han sido arrojadas por la borda hace ya mucho; se basaba en la crítica romántica y pequeñoburguesa del capitalismo, en el desconocimiento de importantísimos hechos de la historia y la realidad rusas. Mientras era aún muy débil en Rusia el desarrollo del capitalismo y de las contradicciones que le son inherentes, esta crítica primitiva del capitalismo podía tenerse en pie. Pero el populismo no corresponde ya en absoluto al desarrollo actual del capitalismo en Rusia, al estado actual de nuestros conocimientos de la historia y la realidad económicas rusas, a las exigencias actuales presentadas a la teoría sociológica. Fenómeno progresivo en su tiempo por haber sido el primero en plantear el problema del capitalismo, el populismo es ahora una teoría *reaccionaria* y *nociva* que desorienta el pensamiento social, que hace el juego al estancamiento y a toda clase de asiatismos. El carácter reaccionario de su crítica del capitalismo confiere actualmente al populismo incluso rasgos que lo colocan *por debajo* de la concepción que se limita a guardar fielmente la herencia*. Trataremos de demostrar que esto es así mediante el análisis de cada uno de los tres rasgos fundamentales de la concepción populista señalados más arriba.

* He tenido ya ocasión de hacer notar antes, en el artículo sobre el romanticismo económico, que nuestros adversarios revelan una miopía sorprendente al interpretar los términos de reaccionario y pequeñoburgués como recursos polémicos, mientras que estas expresiones tienen un sentido histórico y filosófico absolutamente definido. (Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*)

175

Primer rasgo: el reconocimiento del capitalismo en Rusia como decadencia, como regresión. Muy poco después de plantearse el problema del capitalismo en Rusia, se puso en claro que nuestro desarrollo económico es capitalista; y los populistas declararon que eso era un retroceso, un error, una desviación del camino prescrito, según ellos, por toda la vida histórica de la nación, del camino santificado por los pilares seculares, etc., etc. En lugar de la fe ardiente de los enciclopedistas en el desarrollo social existente, apareció la desconfianza; en lugar del optimismo histórico y de la fuerza moral, el pesimismo y el abatimiento basados en la certidumbre de que si esto continúa así, las cosas irán de mal en peor y tanto más difícil será resolver los problemas que plantea el nuevo desarrollo; y entonces aparecen las proposiciones de "frenar" y "detener" este desarrollo, aparece la teoría de que el atraso es la felicidad de Rusia, etc. Todos estos rasgos de la concepción populista no tienen nada de común con la "herencia", es más, están en flagrante contradicción con ella. Considerar que el capitalismo ruso es una "desviación del camino", una decadencia, etc., lleva a desnaturalizar toda la evolución económica de Rusia, a desnaturalizar el "relevo" que se opera a nuestra vista. Seducido por el deseo de detener y suspender la demolición de los pilares seculares por el capitalismo, el populista cae en una sorprendente torpeza histórica; olvida que *detrás* de este capitalismo no hay más que una explotación idéntica, unida a las infinitas formas de servidumbre y dependencia personal que agravaban la situación del trabajador; no hay más que rutina y estancamiento en la producción social y, por consiguiente, en todas las esferas de la vida social. Al combatir el capitalismo desde su punto de vista romántico y pequeñoburgués, el populista arroja por la borda todo realismo histórico, comparando siempre *la realidad* del capitalismo con *la ficción* del régimen precapitalista. La "herencia" de los años 60, con su ardiente fe en el carácter progresivo del desarrollo social dado, con su hostilidad implacable orientada íntegra y exclusivamente contra las supervivencias del pasado, con su convicción de que es suficiente eliminadas para que las cosas marchen de la mejor manera posible, esta "herencia" no sólo

no tiene nada de común con las señaladas concepciones del populismo, sino que las contradice abiertamente.

Segundo rasgo del populismo: la fe en el carácter original de Rusia, la idealización del campesino, de la comunidad, etc. La teoría de la originalidad de Rusia ha obligado a los populistas a asirse a anticuadas teorías eurooccidentales, los ha impulsado a tratar con sorprendente ligereza muchas conquistas de la cultura de Europa Occidental: los populistas se consolaban con la idea de que si carecemos de estos o aquellos rasgos de la humanidad civilizada, en cambio "estamos predestinados" a mostrar al mundo nuevos modos de gestión económica, etc. Lejos de aplicar a la santa Rusia el análisis del capitalismo y de sus manifestaciones, efectuado por el pensamiento avanzado de Europa Occidental, se han orientado todos los esfuerzos a inventar pretextos que impidan llegar, con respecto al capitalismo ruso, a las mismas conclusiones que se hicieron acerca del europeo. Los populistas se han prosternado ante los autores de este análisis y... han seguido siendo con la mayor tranquilidad los mismos románticos que esos autores combatieron toda su vida. Esta teoría de la originalidad de Rusia, común a todos los populistas, tampoco tiene nada que ver con la "herencia" y la contradice directamente. Los hombres de los años 60, por el contrario, aspiraban a europeizar a Rusia, creían en su incorporación a la cultura europea, se preocupaban de trasplantar las instituciones de esta cultura también a nuestro suelo que no tiene nada de original. Toda doctrina acerca de la originalidad de Rusia se halla en desacuerdo completo con el espíritu y la tradición de los años 60. Menos aún concuerdan con esta tradición la idealización y el embellecimiento de la aldea por los populistas. Esta falsa idealización, que deseaba a toda costa ver en nuestra aldea algo fuera de lo común, algo diferente en absoluto de la estructura de cualquiera otra aldea de cualquier otro país durante el periodo de las relaciones precapitalistas, se halla en la más flagrante contradicción con las tradiciones de la sensata y realista herencia. Cuanto más se desarrollaba el capitalismo en extensión y profundidad, cuanto más fuertes eran en el campo las contradicciones inherentes a toda sociedad mercantil capitalista, con tanto mayor relieve aparecía la contradicción entre las melifluas fábulas de los populistas sobre el "espíritu de comunidad" y "de arte" del campesino, etc., por un lado, y la división efectiva de los campesinos en burguesía rural y proletariado agrícola, por otro; tanto más rápidamente se transformaban los populistas, que seguían viendo las cosas con ojos de campesino, de románticos sentimentales en ideólogos de la pequeña burguesía, pues el pequeño productor, en la sociedad actual, se convierte en un productor de mercancías.

176

La falsa idealización del campo y los sueños románticos sobre el "espíritu de comunidad" llevaron a los populistas a adoptar una actitud de extrema ligereza frente a las verdaderas necesidades del campesinado, dimanantes del desarrollo económico actual. En teoría se podía hablar cuanto se quisiera de la fuerza de los pilares; pero, en la práctica, cada populista sentía muy bien que la eliminación de los vestigios del pasado, de las reminiscencias del régimen de la servidumbre, que hasta hoy envuelven de pies a cabeza a nuestros campesinos, desbrozaría el camino para el desarrollo precisamente capitalista, y no otro. Más vale el estancamiento que el progreso capitalista: tal es, en el fondo, el punto de vista de cada populista respecto al campo, aunque, por supuesto, no todo populista se decide a proclamado abierta y claramente con la ingenua franqueza del señor V. V. "Los campesinos, sujetos a sus parcelas y comunidades, privados de la posibilidad de emplear su trabajo donde resulte más productivo y más ventajoso para ellos, han quedado como congelados en esta forma de vida promiscua, gregaria e improductiva del régimen de la servidumbre". Así lo veía uno de los representantes de la "herencia", con su típico punto de vista de "enciclopedista".⁹ "Es mejor que los campesinos continúen estancados en su forma de vida rutinaria, patriarcal, que desbrozar el camino para el capitalismo en el campo": así piensa, en el fondo, cada

⁹ Lenin se refiere a Skaldin y cita su libro *En una perdida aldea y en la capital*.

populista. En efecto, no se encontrará probablemente un solo populista: que ose negar que el cerrado carácter estamental de la comunidad campesina, con su caución solidaria y la prohibición de vender la tierra y de renunciar a la parcela, se halla en la más flagrante contradicción con la actual *realidad* económica, con las actuales relaciones mercantiles capitalistas y su desarrollo. Es imposible negar esta contradicción; pero el quid de la cuestión está en que los populistas temen como al fuego semejante planteamiento del problema, semejante confrontación del estado jurídico de los campesinos con la realidad económica, con el desarrollo económico actual. El populista se obstina en creer en un desarrollo sin capitalismo, en un desarrollo inexistente y fruto de su fantasía romántica, y por eso... por eso está dispuesto a detener el desarrollo actual, que sigue la vía capitalista. En lo que respecta al cerrado carácter estamental de la comunidad campesina, a la caución solidaria y al derecho de los campesinos a vender la tierra y renunciar a la parcela, el populista no sólo adopta una actitud de suma prudencia y temor por el destino de los "pilares" (pilares de la rutina y el estancamiento), sino que cae tan bajo que aplaude la disposición policíaca de prohibir a los campesinos la venta de la tierra. "El campesino es tonto —se podría decir a tal populista, repitiendo las palabras de Engelhardt—, no puede arreglárselas solo. Si nadie se preocupa de él, es capaz de quemar todos los bosques, exterminar todos los pájaros, pescar todos los peces, esquilmar la tierra y acabar consigo mismo". Aquí, el populista "reniega de la herencia" abiertamente y se convierte en un reaccionario. Y téngase en cuenta que, a medida que avanza el desarrollo económico, esta destrucción del cerrado carácter estamental de la comunidad campesina se convierte cada día más en una necesidad perentoria para el proletariado rural, mientras que los inconvenientes derivados de ello para la burguesía campesina están lejos de ser considerables. El "mujik hacendoso" puede con facilidad tomar tierra en arriendo en otro lugar, abrir un establecimiento en otra aldea y trasladarse adonde quiera y por el tiempo que quiera para los asuntos comerciales. Mas para el "campesino" que vive principalmente de la venta de su fuerza de trabajo, la sujeción a la parcela y a la comunidad representa una enorme restricción de su actividad económica, significa la imposibilidad de encontrar un patrono más ventajoso, implica la necesidad de vender su fuerza de trabajo precisamente a los compradores de la localidad, que pagan siempre menos e inventan mil medios de sojuzgar. El populista, una vez dominado por los sueños románticos y deseoso de mantener y proteger los pilares a pesar del desarrollo económico, ha rodado sin darse cuenta por esta pendiente hasta colocarse al lado del gran terrateniente que ansía con toda el alma conservar y consolidar "los lazos del campesino con la tierra". Bastaría con recordar, aunque sólo sea, cómo el cerrado carácter estamental de la comunidad campesina ha engendrado procedimientos especiales de contratación de obreros: los dueños de fábricas y los propietarios de grandes haciendas envían a sus empleados a las aldeas, sobre todo a las retrasadas en el pago de impuestos, para contratar obreros en las condiciones más ventajosas. Por fortuna, el desarrollo del capitalismo agrario, al destruir la "vida sedentaria" del proletario (tal es el efecto que producen las ocupaciones agrícolas de los campesinos fuera de su localidad) desplaza paulatinamente esta servidumbre, sustituyéndola con la libre contrata.

Otra confirmación, quizá no menos elocuente, de nuestra tesis sobre la nocividad de las actuales teorías populistas nos la ofrece el hecho de que entre los populistas es corriente *la idealización del pago en trabajo*. Hemos citado ya el ejemplo de cómo Engelhardt, después de caer en el pecado populista, ha llegado incluso a decir que "sería bueno" ¡desarrollar en el campo el pago en trabajo! Eso mismo encontramos en el famoso proyecto del señor Yuzhakov sobre las haciendas-liceos (*Rússkoie Bogatstvo*, 1895, núm. 5). El señor V. V., que colabora en la misma revista que Engelhardt, ha incurrido en idéntica idealización al afirmar en artículos económicos serios que el campesino obtuvo una victoria sobre el terrateniente, el cual, según él, deseaba implantar el capitalismo. Pero la desgracia consiste en que el campesino se encargaba de trabajar tierras del terrateniente, recibiendo de él a cambio

tierras "en arriendo", es decir, había restablecido por completo el mismo sistema de economía que existía ya bajo la servidumbre.

177

Estos son los ejemplos más patentes de la actitud reaccionaria de los populistas ante los problemas de nuestra agricultura. Podrán ustedes encontrar esta idea, en forma menos acusada, en todos los populistas. Cada uno de ellos habla del daño que hace y el peligro que representa el capitalismo en nuestra agricultura, pues éste —¡fíjense!— reemplaza al campesino independiente por el jornalero. *La realidad* del capitalismo ("el jornalero") se contrapone a *la ficción* del campesino "independiente": esta ficción se basa en que el campesino de la época precapitalista posee medios de producción, pero se silencia modestamente que debe pagar por esos medios de producción el doble de lo que cuestan; que esos medios de producción sirven para el pago en trabajo; que el nivel de vida de este campesino "independiente" es tan bajo que en cualquier país capitalista lo considerarían paupérrimo; que a la miseria espantosa y a la inercia mental de este campesino "independiente" hay que añadir, además, la dependencia personal que acompaña inevitablemente a las formas precapitalistas de economía.

El tercer rasgo característico del populismo — omisión del vínculo existente entre la "intelectualidad" y las instituciones políticas y jurídicas del país, de una parte, y los intereses materiales de determinadas clases sociales, de otra— está relacionado íntimamente con los rasgos precedentes: sólo la falta de realismo en el enfoque de los problemas sociológicos pudo dar vida a la doctrina que considera "erróneo" al capitalismo ruso y estima posible "desviarse del camino". Esta concepción del populismo tampoco guarda relación alguna con la "herencia" y las tradiciones de los años 60; por el contrario, *está en flagrante contradicción con dichas tradiciones*. De esta concepción se deriva, de manera natural, la actitud de los populistas ante los numerosos vestigios de la reglamentación de la vida rusa antes de abolirse la servidumbre, actitud que en modo alguno habrían podido compartir los representantes de la "herencia". Para caracterizarla, nos permitimos utilizar las excelentes observaciones del señor V. Ivanov en su artículo *Una patraña maligna (Nóvoe Slovo, septiembre de 1897)*. El autor habla de la conocida novela del señor Boborykin *De otra manera*, mostrando que este último no ha comprendido la polémica entre los populistas y los "discípulos". El señor Boborykin pone en boca del héroe de su novela —un populista— un reproche dirigido a los "discípulos", acusándolos de soñar "con un cuartel en el que reinará el intolerable despotismo de la reglamentación". El señor V. Ivanov hace notar con este motivo:

"Ellos (los populistas) no sólo no han hablado del intolerable despotismo de la "reglamentación" como "sueño" de sus adversarios, sino que *ni pueden hablar así ni lo harán si no quieren dejar de ser populistas*. En este terreno, la esencia de su disputa con los "materialistas económicos" consiste precisamente en que a juicio de los populistas, los vestigios de la antigua reglamentación que se conservan en nuestro país pueden servir de base al desarrollo ulterior de la reglamentación. La idea de que "la misma alma campesina (única e indivisible) está evolucionando" hacia la reglamentación y el convencimiento de que existe o debe llegar a existir la belleza moral de la "intelectualidad", de la "sociedad" o, en general, de las "clases dirigentes", les impiden ver el carácter intolerable de esta vieja reglamentación. Acusan a los materialistas económicos de apasionarse no por la "reglamentación", sino, al contrario, por el régimen de Europa Occidental, basado en la falta de reglamentación. Y los materialistas económicos afirman, en efecto, que los restos de la vieja reglamentación, nacida de la economía natural, se hacen cada día más "intolerables" en un país que ha pasado a la economía monetaria, la cual provoca cambios innumerables tanto en la situación real como en la fisonomía intelectual y moral de los diversos sectores de su población. Por eso están convencidos de que las condiciones necesarias para que surja una nueva "reglamentación" favorable a la vida económica del país no pueden brotar de los vestigios de una reglamentación adaptada a la economía natural y al régimen de la

servidumbre, sino sólo en un clima de tan vasta y multilateral ausencia de esta vieja reglamentación como la que existe en los países avanzados de Europa Occidental y de América. Así está planteado el problema de la "reglamentación" en la polémica entre los populistas y sus adversarios" (págs. 11-12, l. c.). Esta posición de los populistas frente a "los vestigios de la antigua reglamentación" representa, tal vez, la renuncia más tajante a las tradiciones de la "herencia" por parte del populismo. Como hemos visto ya, los representantes de esta herencia se han distinguido por su condenación rotunda y vehemente de todas las supervivencias de la vieja reglamentación. Por lo tanto, en este aspecto, los "discípulos" están incomparablemente más cerca de las "tradiciones" y de la "herencia" de los años 60 que los populistas.

178

Además del gravísimo error ya señalado, la falta de realismo sociológico lleva también a los populistas a esa especial manera de pensar y razonar sobre asuntos y problemas sociales que podría denominarse estrecha presunción de intelectual o, tal vez, mentalidad burocrática. El populista razona siempre acerca del camino que debemos escoger "nosotros" para la patria, de las calamidades que surgirán si "nosotros" encauzamos a la patria por tal o cual camino, de las salidas que podríamos asegurar "nosotros" si evitáramos los peligros del camino seguido por la vieja Europa, si "tomáramos lo mejor" tanto de Europa como de nuestra tradicional comunidad, etc., etc. De ahí la completa falta de fe y del desdén del populista por las tendencias propias de las diferentes clases sociales, que hacen la historia conforme a sus intereses. De ahí la sorprendente ligereza con que el populista (olvidando las circunstancias que lo rodean) se lanza a fantásticos proyectos sociales de todo género desde la "organización del trabajo agrícola" hasta la "comunalización de la producción" gracias a los esfuerzos de nuestra "sociedad". "*Mit der Gründlichkeit der geschichtlichen Action wird der Utnfang der Masse zunehmen, deren Action sie ist*"*. En estas palabras está expresada una de las tesis más profundas e importantes de la teoría histórica y filosófica que nuestros populistas en modo alguno quieren ni pueden comprender. A medida que los hombres hacen la historia, ampliando y ahondando su obra, debe crecer también la masa de la población que la forja de manera consciente. El populista, en cambio, habla siempre de la población en general, y de la población trabajadora en particular, como objeto de tales o cuales medidas más o menos racionales, como material que debe ser encarrilado por tal o cual camino; jamás considera que las diversas clases de la población hacen la historia independientemente, siguiendo una vía determinada; jamás se pregunta cuáles son las condiciones de esa vía determinada que pueden impulsar (o, por el contrario, paralizar) la actividad independiente y consciente de estos creadores de la historia.

* Marx. Die heilige Familie ("La Sagrada Familia"), 120; en Bértov, pág. 235 ("Juntamente con la solidez de la acción histórica, crecerá consiguientemente también el volumen de la masa, cuya acción ella es". N. de la Edit.)

Así pues, aunque el populismo dio un gran paso adelante con respecto a la "herencia" de los paladines de la ilustración *al plantear* el problema del capitalismo en Rusia, en una serie de importantes cuestiones de la vida social *se ha rezagado* de los "enciclopedistas", debido a la insatisfactoria *solución* que daba a dicho problema, a consecuencia de su punto de vista pequeñoburgués y de su crítica sentimental del capitalismo. En resumidas cuentas, la adhesión del populismo a la herencia y a las tradiciones de nuestros enciclopedistas ha resultado *un hecho negativo*: el populismo no ha resuelto los nuevos problemas que el desarrollo económico de Rusia viene planteando al pensamiento social ruso desde que fue abolida la servidumbre y se ha limitado, ante ellos, a proferir lamentaciones sentimentales y reaccionarias, en cuanto a los viejos problemas, que ya habían sido planteados por los de la "ilustración", el populismo los ha complicado con su romanticismo y ha retardado su solución completa.

IV. Los de la “ilustración”, los populistas y los “discípulos”

Ahora podemos hacer el resumen de los paralelos que hemos trazado. Intentemos definir brevemente la relación que existe entre las tres corrientes del pensamiento social mencionadas en el título.

El adicto de la ilustración tiene fe en el desarrollo actual de la sociedad por cuanto no observa las contradicciones que le son inherentes. El populista teme dicho desarrollo, pues ha notado ya esas contradicciones. El "discípulo" cree en el desarrollo actual de la sociedad porque ve la garantía de un futuro mejor sólo en el pleno desenvolvimiento de estas contradicciones. La primera corriente y la última tienden, por ello, a apoyar, acelerar y facilitar la evolución por la vía que sigue en la actualidad, a eliminar todos los obstáculos que la traban y frenan. El populismo, por el contrario, trata de detener y paralizar esta evolución, teme destruir algunos obstáculos que se oponen al desarrollo del capitalismo. La primera corriente y la última se caracterizan por lo que se podría llamar optimismo histórico: cuanto más lejos y más rápido marchen las cosas por el camino que llevan, tanto mejor. El populismo, por el contrario, va de manera natural al pesimismo histórico: cuanto más lejos marchen así las cosas, tanto peor. Los de la "ilustración" no se han preguntado en absoluto cuál habría de ser el carácter del desarrollo después de abolida la servidumbre, limitándose exclusivamente a la guerra contra los restos del régimen anterior a la reforma campesina, a la tarea negativa de desbrozar el camino para una evolución europea de Rusia. El populismo ha planteado el problema del capitalismo en Rusia, pero lo ha resuelto atribuyéndole un carácter reaccionario, por lo que no ha podido asimilar íntegramente la herencia de los de la "ilustración". Los populistas han combatido siempre a los hombres que tendían en general a europeizar a Rusia desde el punto de vista de la "unidad de la civilización". Les han hecho la guerra no sólo porque no podían limitarse a los ideales de esos hombres (en tal caso la guerra sería justa), sino también porque no querían ir tan lejos en el desarrollo de la civilización actual, es decir, de la civilización capitalista. Los "discípulos" resuelven el problema del capitalismo en Rusia reconociendo su carácter progresivo; por eso no sólo pueden, sino que deben aceptar íntegramente la herencia de los enciclopedistas, completándola con un análisis de las contradicciones del capitalismo desde el punto de vista de los productores no propietarios. Los de la ilustración no destacaban como objeto de atención especial a ninguna clase de la población; hablaban no sólo del pueblo en general, sino también de la nación en general.

179

Los populistas deseaban representar los intereses del trabajo sin señalar, no obstante, grupos concretos del sistema económico actual; de hecho, sustentaban siempre el punto de vista del pequeño productor, que el capitalismo convierte en productor de mercancías.. Los "discípulos" no sólo toman como criterio los intereses del trabajo, sino que, además, señalan grupos económicos plenamente definidos de la economía capitalista, a saber, los productores que no son propietarios. La primera corriente y la última corresponden, por el contenido de sus aspiraciones, a los intereses de las clases que el capitalismo crea y desarrolla; el populismo, por su contenido, corresponde a los intereses de la clase de pequeños productores, de la pequeña burguesía, que ocupa un lugar intermedio entre las otras clases de la sociedad actual. Por eso, la actitud contradictoria del populismo ante la "herencia" no es en modo alguno una casualidad, sino el resultado necesario del propio contenido de las concepciones de esta corriente: hemos visto que uno de los rasgos fundamentales de las concepciones de los enciclopedistas era su ardiente deseo de europeizar a Rusia, en tanto que los populistas no pueden compartir por entero este deseo sin dejar de ser populistas.

En resumidas cuentas hemos llegado, como puede verse, a la conclusión que hemos señalado ya más de una vez por motivos concretos: *los discípulos son mucho más consecuentes y mucho más fieles guardianes de la herencia que los populistas*. Lejos de renegar de la herencia, consideran que una de sus principales tareas es refutar los recelos románticos y pequeñoburgueses que obligan a los populistas a repudiar, en muchos y muy importantes puntos, los ideales europeos de los adalides de la ilustración. Pero se comprende de por sí que los "discípulos" no guardan la herencia como los archiveros los viejos documentos. Guardar la herencia no significa, ni mucho menos, limitarse a ella; y los "discípulos" unen a la defensa de los ideales generales del europeísmo el análisis de las contradicciones inherentes a nuestro desarrollo capitalista y la apreciación de este desarrollo desde el punto de vista específico antes señalado.

V. El señor Mijailovski y la renuncia de los "discípulos" a la herencia

Para terminar, volvamos de nuevo al señor Mijailovski y al examen de sus afirmaciones sobre el problema que nos interesa. El señor Mijailovski no se limita a decir que esta gente (los discípulos) "no desea tener ningún vínculo de continuidad con el pasado y renuncia categóricamente a la herencia" (l. c., pág. 179); declara, además, que "ellos" (con otras personas de las más diversas tendencias, incluidos el señor Abrámov, el señor Volynski y el señor Rozánov) "arremeten contra la herencia con extraordinaria maldad" (180). ¿De qué herencia habla el señor Mijailovski? De la herencia de los años 60 y 70, de la herencia a la que renunció y renuncia solemnemente *Moskovskie Viédomosti* (178).

Hemos señalado ya que si se habla de la "herencia" legada a nuestros contemporáneos, deben distinguirse *dos herencias*: una es la herencia de los hombres de la ilustración en general, hombres absolutamente hostiles a todo lo anterior a la abolición de la servidumbre y que defendieron los ideales europeos y los intereses de la gran masa de la población. La otra es la herencia del populismo. Hemos mostrado ya que sería un craso error confundir estas dos cosas diferentes, pues todo el mundo sabe que hubo y hay gente que guarda "las tradiciones de los años 60" y no tiene nada de común con el populismo. Todas las observaciones del señor Mijailovski se basan íntegra y exclusivamente en la confusión de estas dos herencias, diferentes por completo. Y puesto que el señor Mijailovski no puede ignorar esa diferencia, su exabrupto adquiere un carácter completamente definido, no sólo absurdo, sino calumnioso. ¿Ha arremetido *Moskovskie Viédomosti* especialmente contra el populismo? En absoluto: ha arremetido no menos, sino más, contra los de la ilustración en general, y *Véstnik Evropy*, completamente ajeno al populismo, es tan enemigo suyo como el populista Rúsckoie Bogatstvo. Por supuesto, *Moskovskie Viédomosti* no estaría de acuerdo en muchas cosas con los populistas que han renegado más resueltamente de la herencia, por ejemplo, con Yúzov; pero es muy poco probable que arremetiera contra él con tanta furia y, en todo caso, lo habría elogiado por lo que le distingue de los populistas que desean conservar la herencia. ¿Ha arremetido el señor Abrámov o el señor Volynski contra el populismo? En absoluto. El primero es populista; ambos han atacado a los de la ilustración en general. ¿Han arremetido los "discípulos rusos" contra los enciclopedistas rusos? ¿Han renegado alguna vez de la herencia, que nos ha legado una innegable hostilidad al modo de vida anterior a la abolición de la servidumbre y a sus vestigios? No. Por el contrario, han denunciado la tendencia de los populistas a sostener algunos de estos vestigios a causa del miedo pequeñoburgués al capitalismo. ¿Han arremetido alguna vez contra la herencia que nos legara los ideales europeos en general? No sólo no la han atacado, sino que, por el contrario, han desenmascarado a los populistas por su afán de sustituir —en muchos y muy

importantes problemas— los ideales europeos en general con bienintencionadas estupideces autóctonas. ¿Han arremetido alguna vez contra la herencia que nos ha legado la preocupación por los intereses de las masas trabajadoras de la población? Lejos de atacarla, han denunciado a los populistas, mostrando que su preocupación por estos intereses es inconsecuente (pues se empeñan en confundir a la burguesía campesina con el proletariado rural); que la utilidad de estas preocupaciones se debilita porque, en lugar de prestar atención a lo que es, sueñan con lo que podría ser; que sus preocupaciones son estrechísimas, pues jamás han sabido valorar debidamente las condiciones (económicas y otras) que facilitan o dificultan a esas personas la posibilidad de ocuparse de sí mismas.

180

El señor Mijailovski puede no compartir la justedad de estas acusaciones y, como populista, no estará, por supuesto, de acuerdo con ellas; pero acusar de arremeter "con furia" contra "la herencia del 60 y 70" a quienes, en realidad, atacan "furiosamente" *sólo al populismo*, y lo atacan por no haber sabido resolver *en el espíritu de esta herencia y sin contradecirla* los nuevos problemas planteados por la historia una vez abolida la servidumbre, lanzar semejante acusación significa claramente desnaturalizar los hechos.

Es divertido ver al señor Mijailovski indignarse contra los "discípulos" porque "nos" confunden gustosos a "nosotros" (es decir, a los publicistas de *Rússkoie Bogatstvo*) con los "populistas" y otras personas ajenas a *Rússkoie Bogatstvo* (pág. 180). Esta curiosa tentativa de diferenciarse de los "populistas" sosteniendo al mismo tiempo todas las concepciones fundamentales del populismo, no puede sino mover a risa. Todo el mundo sabe que los "discípulos rusos" emplean los términos de "populista" y "populismo" en el amplio sentido de estas palabras. Que entre los populistas hay muchos matices diferentes no lo ha olvidado ni negado nadie: ni P. Struve ni N. Béltov, por ejemplo, han "confundido" en sus libros al señor Mijailovski con el señor V. V., ni siquiera con el señor Yuzhakov, es decir, no han velado la diferencia existente en sus concepciones ni han atribuido a uno las del otro. P. Struve incluso señaló explícitamente la diferencia que hay entre las concepciones del señor Yuzhakov y las del señor Mijailovski. Una cosa es mezclar concepciones diversas y otra generalizar y clasificar en la misma categoría a los escritores que, pese a las discrepancias en muchos problemas, son solidarios en los puntos fundamentales y principales contra los que se alzan precisamente los "discípulos". Para éstos, lo importante no es demostrar, por ejemplo, la inanidad de las concepciones que diferencian a un señor Yúzov de los demás populistas: lo importante es refutar las concepciones que son comunes *al señor Yúzov, al señor Mijailovski y a todos los populistas en general*, es decir, su actitud frente a la evolución capitalista de Rusia, su modo de enfocar los problemas económicos y sociales desde el punto de vista del pequeño productor, su incomprensión del materialismo social (o histórico). Estos rasgos son patrimonio común de toda una corriente del pensamiento social que ha desempeñado un importante papel histórico. En esta vasta corriente se encuentran los matices más diversos, flancos de derecha y de izquierda, hombres que han rodado hasta el nacionalismo y el antisemitismo, etc., y otros que no pueden ser culpados de eso; hombres que desprecian muchos preceptos de la "herencia" y otros que tratan, dentro de lo posible (es decir, dentro de lo posible para un populista), de proteger esos preceptos. Ningún "discípulo ruso" ha negado que existen esas diferencias entre los diversos matices; el señor Mijailovski no podría acusar a ninguno de ellos de haber atribuido las concepciones de un populista de un matiz a las de un populista de otro matiz. Pero si estamos en contra de las concepciones fundamentales *comunes* a todos esos matices ¿para qué nos vamos a ocupar de las diferencias particulares de una corriente general? ¡Es una exigencia que carece de todo sentido! La identidad de concepciones sobre el capitalismo ruso, sobre la "comunidad" campesina y sobre la omnipotencia de la llamada "sociedad" que se observa en autores que están muy lejos de ser solidarios en todo, ha sido señalada más de una vez en nuestras publicaciones mucho antes de que aparecieran los "discípulos", y no sólo ha sido señalada, sino elogiada como una feliz peculiaridad de Rusia. El término de "populismo", en el amplio

sentido de la palabra, fue empleado también en nuestras publicaciones mucho antes de que aparecieran los "discípulos". El señor Mijailovski no sólo ha colaborado largos años en la misma revista que el "populista" (en el sentido estricto de la palabra) señor V. V., sino que ha compartido con él los rasgos fundamentales, anteriormente señalados, de esas concepciones. Al impugnar en las décadas del 80 y del 90 ciertas conclusiones del señor V. V. y rechazar por erróneas sus incursiones al campo de la sociología abstracta, el señor Mijailovski, sin embargo, hacía en esos mismos años la salvedad de que su crítica no iba dirigida; ni mucho menos, contra los trabajos económicos de dicho señor y que se solidarizaba con él en las concepciones fundamentales referentes al capitalismo ruso. Por eso, si los pilares de *Rússkoie Bogatstvo*, que tanto han hecho para desarrollar, afianzar y divulgar las concepciones populistas (en el sentido lato de la palabra), piensan ahora librarse de la crítica de los "discípulos rusos" mediante la simple declaración de que no son "populistas" (en el sentido estrecho de la palabra), sino una "escuela ético— social" completamente distinta, sus subterfugios no harán más que suscitar burlas justificadas contra personas tan valientes y, al mismo tiempo, tan diplomáticas.

En la pág. 182 de su artículo, el señor Mijailovski esgrime contra los "discípulos" el siguiente argumento fenomenal. El señor Kámenski ataca con virulencia a los populistas;¹⁰ esto, ténganlo en cuenta, "prueba que se enfada, pero no debe hacerlo (ijsic!!). Nosotros, los "viejos subjetivistas", igual que los "jóvenes subjetivistas", nos permitimos esta debilidad sin entrar en contradicción con nosotros mismos. Pero los representantes de la teoría "justamente orgullosa de su inexorable objetividad" (expresión de uno de los "discípulos") se hallan en otra situación".

181

¡Qué significa eso? Si se exige que las opiniones acerca de los fenómenos sociales se asienten en un análisis inexorablemente objetivo de *la realidad* y de la verdadera evolución, ¿hay que deducir de ahí que no se tiene derecho a enojarse? ¡Eso es simplemente un galimatías, un absurdo! ¿No ha oído usted decir, señor Mijailovski, que el famoso tratado sobre *El Capital* es considerado con razón uno de los modelos más admirables de objetividad inexorable en el estudio de los fenómenos sociales? Para toda una serie de sabios y economistas, el defecto principal y fundamental de este tratado es precisamente su inexorable objetividad. Y sin embargo, en pocos tratados científicos se encontrará tanto "corazón", tantas agudezas polémicas mordaces y apasionadas contra los representantes de concepciones atrasadas, contra los representantes de clases sociales que, a juicio del autor, frenan el desarrollo social. El autor, que ha demostrado con una objetividad inexorable que las concepciones de Proudhon, por ejemplo, son un reflejo natural, comprensible e inevitable de los puntos de vista y del estado de ánimo del *petit bourgeois* francés, "ha arremetido", sin embargo, con ira y ardor apasionados contra este ideólogo de la pequeña burguesía. ¿No supondrá el señor Mijailovski que Marx "se contradice" aquí? Si una doctrina exige de todo hombre público un análisis inexorablemente objetivo de la realidad y de las relaciones que ella origina entre las diversas clases, ¿porqué milagro se puede sacar de ahí la conclusión de que el hombre público no ha de simpatizar con esta o aquella clase, que "no debe" hacerlo? Es hasta ridículo hablar aquí del deber, pues ningún ser viviente *puede menos de tomar partido* por una u otra clase (tan pronto como haya comprendido la relación entre ellas), no puede dejar de alegrarse del éxito de esa clase ni de sentir amargura por sus fracasos; no puede dejar de indignarse contra sus enemigos, contra los que ponen trabas a su desarrollo difundiendo concepciones atrasadas, etc., etc. La fútil argucia del señor Mijailovski sólo demuestra que hasta ahora no ha comprendido el muy elemental problema de la diferencia que existe entre el determinismo y el fatalismo.

¹⁰ Se trata del artículo de J. Pleyánov *Sobre la concepción materialista de la historia*, que se publicó en 1897 con la firma de N. Kámenski en el número 12 de la revista *Nóvoie Slovo* ("Nueva Palabra").

""¡El capital viene! """, esto es indudable —escribe el señor Mijailovski—, pero (¡iisic!!) el problema está en cómo recibirlo" (pág. 189).

El señor Mijailovski descubre América, señala un "problema" en el que los "discípulos rusos", evidentemente, ¡ni siquiera habían pensado! ¡Sin duda, no es en modo alguno este problema el que ha separado a los "discípulos rusos" de los populistas! Sólo se puede "recibir" de dos maneras al capitalismo que se desarrolla en Rusia: considerándolo un fenómeno progresivo o un fenómeno regresivo, un paso adelante por el verdadero camino o una desviación de la vía certera; apreciándolo desde el punto de vista de la clase de los pequeños productores, que es aniquilada por el capitalismo, o desde el punto de vista de la clase de los productores desposeídos, a la cual da origen el capitalismo. No hay término medio*. Por consiguiente, si el señor Mijailovski niega que sea justa la actitud de los "discípulos" frente al capitalismo, quiere decirse que acepta la posición de los populistas, la misma que ha expuesto muchas veces con toda precisión en artículos anteriores. El señor Mijailovski no ha presentado ni presenta ninguna enmienda ni adición a sus viejas concepciones sobre este problema: sigue siendo populista. ¡Oh, de ninguna manera! ¡El no es populista, Dios nos guarde! Es un representante de la "escuela ético-sociológica"...

* No hablamos, claro está, del recibimiento que no considera necesario en absoluto guiarse por los intereses del trabajo, o que no comprende ni distingue la síntesis misma, expresada con el término de "capitalismo". Por importantes que sean en la vida rusa las corrientes de pensamiento social relativas a este problema, no tienen absolutamente nada que ver en la polémica entre los populistas y sus adversarios y no hay por qué mezclarlas en ella.

"Que no se nos hable —continúa el señor Mijailovski— de los bienes futuros (??) que ha de traer (?) el desarrollo del capitalismo".

El señor Mijailovski no es populista. No hace más que repetir íntegramente los errores de los populistas y los métodos inadecuados de sus razonamientos. Cuántas veces se ha dicho a los populistas que semejante planteamiento del problema sobre "lo futuro" es erróneo, que no se trata de cambios "futuros", sino de los cambios reales progresivos, que se están operando ya, en las relaciones precapitalistas: de los cambios que trae (y no que traerá) el desarrollo del capitalismo en Rusia. Al llevar el problema al terreno "de lo futuro" el señor Mijailovski, en el fondo, considera demostradas precisamente las afirmaciones que impugnan los "discípulos". Considera demostrado que, en la realidad, en lo que está sucediendo ante nuestros ojos, el desarrollo del capitalismo *no aporta* ningún cambio progresivo a las viejas relaciones socioeconómicas. En esto consiste precisamente la concepción populista, y contra ella va dirigida la polémica de los "discípulos rusos", que demuestran lo contrario. No hay un solo libro publicado por los "discípulos rusos" en el que no se diga y no se muestre que la sustitución del pago en trabajo por el trabajo asalariado libre en la agricultura, que la sustitución de las industrias llamadas de oficio por la fabril es un fenómeno real que transcurre (y con velocidad vertiginosa) ante nuestros ojos y de ninguna manera un fenómeno sólo del "futuro"; que esta sustitución es un fenómeno progresivo en todos los aspectos; que destruye la producción manual, pequeña, rutinaria y dispersa, la cual se caracterizaba por su inmovilismo y estancamiento seculares; que esta sustitución aumenta la productividad del trabajo, brindando con ello la posibilidad de elevar el nivel de vida del trabajador; que crea las condiciones que transforman esa posibilidad en necesidad, es decir: que transforman al "proletario sedentario", abandonado "en un rincón perdido", sedentario tanto en el sentido físico como en el moral, en un proletario con posibilidad de movimiento; que europeíza las formas asiáticas de trabajo, con sus infinitas variantes de servidumbre y dependencia personal; que "el modo europeo de pensar y de sentir no es menos necesario (tomen nota: necesario. V. I.) que el vapor, la hulla y la técnica para la utilización eficaz de la maquinaria"*, etc. Todo eso lo dice y lo demuestra, repetimos, cada "discípulo"; pero todo eso no tiene nada que ver, al parecer, con el señor Mijailovski "y sus compañeros": todo eso se escribe sólo contra los "populistas" "ajenos" a *Rússkoie*

Bogatstvo. Porque *Rússkoie Bogatstvo* es una "escuela ético-sociológica" cuya misión consiste en hacer pasar trastos viejos encubiertos con una bandera nueva.

* Palabras de Schulze-Gavernitz en Schmollers Jahrbuch,¹¹ 1896, en su artículo sobre la industria algodonera de Moscú y Vladímir.

182

Como hemos señalado antes, el objetivo de nuestro artículo es refutar las patrañas, muy difundidas en la prensa liberal-populista, de que los "discípulos rusos" reniegan de la "herencia", rompen con las mejores tradiciones de la parte mejor de la sociedad rusa, etc. No carecerá de interés destacar que el señor Mijailovski, al repetir estas frases manidas, ha dicho, en el fondo, exactamente lo mismo que dijera mucho antes que él, y de manera más categórica, un "populista" "ajeno" a *Rússkoie Bogatstvo*, el señor V. V. ¿Conoce el lector los artículos que publicó este autor en *Nedelia*¹² hace tres años, a fines de 1894, en respuesta al libro del señor P. B. Struve? Debo confesar que, a mi juicio, no ha perdido nada si no los conoce. La idea fundamental de dichos artículos consiste en que los "discípulos rusos" rompen el hilo democrático que se extiende a lo largo de todas las corrientes progresistas del pensamiento social ruso. ¿No es eso, acaso, lo mismo que repite ahora el señor Mijailovski —aunque en términos un tanto diferentes— al acusar a los "discípulos" de renunciar a la "herencia", contra la que arremete con furia *Moskovskie Viédomosti*? En realidad, como hemos visto, los autores de este infundio quieren hacer pagar a justos por pecadores, afirmando que el rompimiento definitivo de los "discípulos" con el *populismo* significa romper con las mejores tradiciones de la mejor parte de la sociedad rusa. ¿No será al revés, señores? ¿No significará semejante rompimiento depurar de populismo esas mejores tradiciones?

Escrito en el destierro a fines de 1897. Publicado por primera vez en 1898 en la colección: Vladímir Ilín. "Estudios y artículos económicos". San Petersburgo.

T. 2, págs. 505-550.

¹¹ Schmollers Jahrbuch ("Anuario de Schmoller"); su título completo es *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft in Deutschen Reich* ("Anuario de Legislación, Dirección y Economía Nacional del Imperio Alemán"); revista de economía política que editaron a partir de 1877 los socialistas de cátedra L. Brentano y F. Holtzendorf, y desde 1881, G. Schmoller.

¹² *Nedelia*: véase la nota 56.